

PREGON SEMANA SANTA ANDORRA PRONUNCIADO POR FRANCISCO RODRIGUEZ LOSCOS

2014

Buenas tardes.

Autoridades, señor párroco, Junta Local, miembros de las cofradías y a vosotros, convecinos, que estáis aquí presentes y a los que, por circunstancias, no pueden estar.

Cuando me llamó Fernando para decirme que la Junta me había propuesto como pregonero de este año, me quedé sin habla, no sabía que decirle. Por mi mente pasaron tantas cosas en un instante (mis padres, mi familia, mis amigos...), que por un momento me quede aturdido, pero bueno, aquí estoy, delante de mi querido pueblo.

Antes de continuar, y con vuestro permiso, quisiera recordar aquí a un buen hombre, amigo de sus amigos, y que fue nuestro compañero cofrade en la Burrica, durante muchos años, a Jesús Lorenz. Sé que desde donde esté, nos observará con esa sonrisa complaciente que siempre mantenía en su rostro. Desde aquí mando un afectuoso saludo a toda su familia.

Hoy es día de estandartes, estos que nos rodean, bordados de hilo dorado y plata, representativos de las diferentes cofradías y del sentimiento de sus cofrades, y que nos muestran la Semana Santa en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús; y día de palabras, dirigirme a todos es un inmenso placer que me emociona, y que al mismo tiempo me conmueve. Alguien dijo que el orador es aquel que dice lo que piensa y siente lo que dice. Yo, desde este atril, voy seguir estas premisas.

Mi comienzo, como miembro activo de nuestra Semana Santa, empezó cuando tenía once años de la mano de un buen amigo y vecino de mis padres, Mariano Pina. El me regaló mi primera túnica y mi primer tambor. Un hábito blanco con dos listas azules verticales en la parte delantera, la túnica de la Burrica, entonces sin capa. Él quiso que fuera su sucesor en esta maravillosa Semana Santa y que siguiera sus pasos en la Cofradía.

Me lleva al pasado el recuerdo de ver como Mariano y mi padre confeccionaban mi primer capirote con cartón rígido, mientras mi madre revisaba sobre la mesa la túnica, sabedora que tendría que modificar el dobladillo y las mangas. Desde entonces y hasta hoy, ya son cuarenta y seis años de cofrade, la mayoría de ellos llevando el trono.

El tambor, de piel, con caja de madera y tensores de cuerda. Con él di mis primeros toques en los ensayos de la plaza de toros y en el campo de futbol. Todavía lo conservo, con él han aprendido mis tres hijos, a los que he tratado de inculcar nuestro sentimiento.

En el año 1981, mi vida dio un gran vuelco; deje mi casa paterna y me aventuré a una nueva vida en una ciudad a más de setecientos kilómetros de distancia, Almería. Formé una familia, y allí han nacido mis tres hijos y sigo residiendo.

Pero esto no fue ningún impedimento para que siguiera viniendo; mis padres, mis amigos, mi pueblo, la Semana Santa, mi Burrica y la "Rompida" del Jueves Santo están tan arraigadas en mí, que eran y son motivos suficientes para acudir todos los años en estas fechas, para participar en las procesiones.

Como cofrade, hay dos momentos de especial interés para mí; el primero el Domingo de Ramos. Siempre ha sido muy importante este día; los cofrades de la Burrica, lo consideramos nuestra fiesta. Llegar a la iglesia y reencontrarme con los viejos amigos y compañeros, que en algún caso solo veo durante esta semana al año, y comentar como nos ha ido y las novedades habidas. Me enorgullece realizar esa primera salida de la Burrica de la iglesia para la procesión con la que empieza la Semana Santa, y ver y oír, desde mi posición al lado del trono, la bendición de las palmas, con la algarabía de los ramos de olivos.

Recuerdo que, cuando era un adolescente, mi madre tenía, desde primeras horas de la mañana, la túnica planchada y colgada; y a mi padre, mirando el reloj mientras me vestía, marcándome la hora para no llegar tarde. Este domingo era costumbre estrenar algo, y todavía me parece oír la recomendación de mi madre: “ten cuidado y no te manches”, recomendación que en muchas ocasiones, os podéis imaginar, no era fácil de cumplir.

Ya que os he hablado del Domingo de Ramos, os diré que las casualidades del destino, han hecho que, a escasos cincuenta metros de mi residencia de Almería, tenga de vecina a la cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén, también llamada por los almerienses la Burrica. Realmente el mundo es un pañuelo.

El segundo momento: la procesión del Silencio. La Burrica es la primera en salir; con ella abrimos la procesión mientras, al fondo, se nota ese silencio, solo roto por los sonidos de las carracas y matracas y por los acordes de la banda de la Guardia Romana (los Penitentes).

Conforme vamos avanzando, veo como la gente se acomoda en su sitio, y al llegar, miran hacia arriba con cara de reflexión. Me hace sonreír con cariño, ver como los padres y los abuelos, señalando con la mano hacia la imagen de la peana, les dicen a sus pequeños: “mira, mira, la burrica”; o como los mayores miran hacia los zapatos, tratando de descubrir si algún familiar o amigo está bajo el hábito.

¡Y qué os voy a decir de la calle Aragón!. Enfiar la cuesta con ese último repecho antes de la plaza, que parece fraguado para purificar las almas de los que empujamos los pasos.

Desde hace unos años me acompaña en la cofradía mi hijo menor, Jorge, que parece tomar el relevo generacional. La verdad es que siento un orgullo especial, ver la continuidad familiar de algo que tanto me gusta y que tanto disfruto.

Pero no solo soy cofrade, también soy tamborilero, y como tal, la noche del Jueves Santo siempre la he vivido con gran intensidad.

A media tarde de este día, ya están sacados del atillo y tensados el tambor y el bombo, y las túnicas negras preparadas y colgadas. Con la llegada de la noche, mi mujer y yo nos reunimos, en el lugar convenido, con nuestros buenos amigos, Antonio y Loli, para internarnos en la multitudinaria plaza del Regallo en esos minutos previos a “Romper la Hora” (La Rompida como la llamamos los Andorranos), y preparar las baquetas y las mazas en alto, para, llegado el momento de la señal, golpear las pieles y manifestar esa gran explosión de sonido; un tañido duro y monótono de tambores y bombos, que se apodera del cuerpo y del alma; un sonido cautivador, con ese ritmo que propicia el conectar del ser con los sentimientos del corazón. Nadie como la gente de esta tierra tiene tanta fuerza en sus manos y

brazos para "Romper la hora"; nadie como nosotros sabe romper ese silencio para reflejar el luto por la muerte de Cristo.

Subir a San Macario con la procesión de las antorchas, tumultuosa y serpenteante, iluminada con sus llamas parpadeantes, para recoger al Cristo Crucificado, nuestro Cristo de los Tambores, y trasladarlo a la iglesia parroquial acompañado de esa oración de sonido, que cientos de andorranos arrancan a sus tambores y bombos, y que inundan las calles semejando cientos de truenos que cayeran en la noche. Os recomiendo, para quien no lo haya hecho todavía, la veáis desde el balcón de San Macario; a pesar del frío que hace en algunas ocasiones, merece la pena.

Pero en la Semana Santa no solo es participar directamente en las procesiones, observarlas también es participativo. Flaubert, escritor francés del siglo XIX, decía que cualquier cosa observada detenidamente se vuelve maravillosa y hace que los registros de las emociones percibidas perduren en nuestra memoria.

Así pues, emociona contemplar desde fuera el orgulloso marchar de la Guardia Romana; el apacible desfilarse de las Manolas (las Esclavas de la Virgen); o el pasar de esos cientos de tamborileros, con su atronador sonido resonando por las esquinas. Observar el sentimiento y recogimiento de la gente, mientras procesionan los engalanados pasos precedidos de sus numerosos cofrades, algunos de estos tan pequeños que son llevados en los brazos de sus padres. Ver, entre otros diversos pasos de nuestras procesiones, como la Piedad rodea amorosa a su Hijo descendido de la Cruz; el Santo Sepulcro, con Jesús yacente en su urna; o como la Soledad, que antaño era porteada solo por mujeres, sufre llorosa la pérdida de su Hijo.

Y esa última incorporación del Cristo Resucitado en la procesión del domingo, al que acompañan descubiertos los hermanos de las diferentes cofradías. Procesión en la que, por cierto, nunca he podido estar, ya que ese día suele ser mi viaje de retorno al sur, a mi casa.

A lo largo de los años, he podido comprobar cómo poco a poco, nuestra Semana Santa ha ido mejorando y aumentando con la incorporación de nuevas generaciones en las cofradías. Cómo ha vuelto a renacer, cual ave Fénix, esa gallarda Guardia Romana; recuerdo épocas en las que se tenía que recurrir a compañeros de las diversas cofradías ante la falta de gente. La Escuela de Tambores, desde donde pequeños se aprende el bonito arte de tocar el tambor y el bombo y se les enseñan los diferentes toques: la procesión, romper la hora, las imágenes, la raspa,.... Todo esto denota ese espíritu que tenemos los Andorranos, con pasión de vivir, pasión de sentir y pasión de tocar, para hacer que perduren los valores y contenidos de nuestra historia; nuestras tradiciones.

Es nuestra Semana Santa, de Interés Turístico Nacional y desde hace pocos días también Internacional, de la que no podemos separar esa dualidad intrínseca existente entre las procesiones y los tambores y bombos. Tal vez no tengamos en nuestros pasos la imaginería de las tallas del gran Salzillo, o la gallardía, la esbeltez y la pomposidad de las procesiones de otras regiones de nuestro país, pero es la nuestra, la que nosotros queremos, la que nosotros vivimos y la que nosotros, los andorranos, llevamos en nuestro corazón, como si de una maravillosa esencia con olor a incienso se tratara.

Llegado a este punto, quisiera hacer una mención especial a mi familia. A mis padres, Paco y Amparo, y mi hermano Miguel Angel, que sabedores de mi devoción por la Semana Santa andorrana, a pesar de

los años transcurridos, siempre saben poner ese grano de arena para tenerlo todo a punto a mi llegada; y a mi mujer Pepi y mis hijos, Carlos Javier, Alejandro y Jorge, por las largas horas de coche y la cantidad de kilómetros que han soportado, y todavía soportan, unas veces con viento y frío, otras con lluvia, y alguna con nieve, para que yo haga posible la ilusión y las ganas que tengo por volver a mi pueblo y participar en nuestra Semana Santa.

Para terminar, incluyo una frase de ese gran personaje que ya pertenece a la historia de la humanidad, Gandhi, que nos invita a meditar y reflexionar:

“Un hombre completamente inocente se ofreció a sí mismo por el bien de otros, incluidos sus enemigos, y asumió la redención del mundo. Fue un acto perfecto“. Muchas gracias a todos.

(Francisco Rodríguez Loscos)